

PRÓLOGO

CHRISTINA

Michael: *Felices fiestas, chica sexy. He estado pensando en tu cuerpo últimamente. ¿Quieres venir a mi casa para ver algo en Netflix y pasar un rato juntos? (Hasta podemos hacer tartas si quieres).*

Austin: *Felices fiestas, Kelly. Me estaba acordando de cuánto me gustó follarte debajo del muérdago las Navidades pasadas, y creo que deberíamos volver a repetirlo...*

Austin: *Mierda, quería decir «Christina». Ya sabes cómo es el autocorrector... De verdad que no te estaba engañando las Navidades pasadas.*

Número bloqueado: *Felices fiestas, nena. Te echo mucho de menos. Solo para que lo sepas, estoy deseando hacer «eso» que siempre querías hacer en la cama si me aceptas de nuevo —y retiras la orden de alejamiento— estas Navidades... Es decir, que sigo creyendo que los hombres de verdad no deberían poner la cara en ningún lugar cercano a la vagina de una mujer, pero estoy dispuesto a poner la mía en la tuya.*

¡Arg!

Tiré el móvil al otro lado de la habitación y sofoqué un grito.

No estaba segura de por qué el inicio de todas las temporadas de Navidad provocaba una oleada de mensajes de texto de mis exnovios, antiguos tonteos y tíos de los que casi ni me acordaba, pero ese era el cuarto día seguido que me despertaba con el tipo de mensajes que odiaba recibir.

Me dirigí a la cocina y saqué lo único que siempre me ayudaba a recordar con exactitud por qué todos mis ex seguirían siendo siempre eso mismo, «ex»: el libro de recetas de mi difunta abuela.

Dentro de sus páginas, que todavía se conservaban impecables, me había dejado recetas «para todo», en lugar de las típicas de rollos de canela dulces y pegajosos o de las galletas con pepitas de chocolate preferidas de la abuelita (esas recetas que eran una mierda). Ella había incluido otras tales como el «Bizcocho de frutas para cuando un hijo de puta de deje (ni se te ocurra compartir con nadie ni un solo trozo)», «*Cannoli* para el peor sexo de tu vida (usa solo diez centímetros de masa extendida)» y mi favorita de todas, los «*Croissants* de canela para los infieles (hornea dos docenas y dale una patada en el culo)».

Pasé las páginas hasta llegar a las «Trufas de caramelo para cortar con alguien» y saqué una sartén.

Había utilizado esa receta docenas de veces, igual que había ocurrido con el resto. Solo había una del conjunto de trescientas combinaciones de postres que nunca había cocinado porque no había encontrado el motivo para ello, una que prefería no probar nunca.

Era una llamada «Pastel de “Por favor, estrangula a ese cabrón arrogante”».

Incluso aunque ya había tenido mi ración de hombres mentirosos, infieles y gilipollas, me sentía agradecida, porque nunca había salido con ningún hombre por el que me hubiera visto obligada a utilizar ese postre en concreto.

De hecho, juré que nunca lo haría a menos que conociera a un hombre tan pagado de sí mismo que no pudiera ver más allá de su maldito ego y que fuera capaz de sacarme de quicio y ponerme cachonda al mismo tiempo, y todo ello sin perder su sonrisa sexy —y merecedora de una bofetada— en su cara perfectamente esculpida, y que creyera que podría salirse con la suya siempre que le diera la gana.

Encendí el horno y deseé con todas mis fuerzas que en esas vacaciones no se me acercara ni de lejos ningún hombre parecido.

1

BOMBONES «CORRE, QUE ES UN VAGO»

4 tazas de azúcar glas
3 tazas de pepitas de chocolate semidulce
2 cucharadas soperas de manteca
1 taza de pacanas o nueces molidas
 $\frac{1}{2}$ taza + 2 cucharadas soperas de leche condensada
 $\frac{1}{4}$ de taza de mantequilla derretida

CHRISTINA

—Entonces, ¿cuánto crees que puedes abrir la boca? —El chico a medio afeitar que estaba sentado frente a mí me sonrió y se lamió los labios—. Tengo algo muy grueso que enseñarte cuando hayamos acabado con esto. Si te interesa probarlo, claro está...

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

—¡Bien, hora de cambiar! —La encargada de cronometrar las citas rápidas apagó la alarma justo a tiempo y me salvó del noveno fiasco de la noche.

Me cambié de sitio de inmediato y ni me molesté en responder a la pregunta de ese imbécil. Me senté a la mesa que había junto a la chimenea, delante de un hombre al que había estado controlando desde que empezara la sesión.

Era el único chico de la sala que no llevaba un jersey de esos horrosos de Navidad tan típicos aquí, en Cedar Falls, Colorado. Llevaba un traje negro y gris, y había traído un ramo de rosas rojas, una para cada una de las mujeres que habían acudido esa noche.

En cuanto todas y cada una de mis citas comenzaban a torcerse, yo echaba un vistazo a su pelo corto y oscuro, sus ojos de color almendra y su sonrisa contagiosa.

Parece demasiado perfecto...

—¡Atención, cinco segundos hasta que vuelva a activar el cronómetro! —dijo la encargada del cronómetro justo cuando me senté—. ¡Y... allá vamos!

—Buenas noches —saludó Don Perfecto, para después ofrecerme una rosa—. Soy Kevin.

—Christina. —Me sonrojé cuando sus dedos rozaron los míos—. ¿Eres nuevo en Cedar Falls?

—Se puede decir que sí. Solo llevo aquí unos cinco meses. Vivo en la parte sur, la más turística. ¿Y qué hay de ti?

—Yo nací y crecí aquí. —Me di cuenta de que la rosa era falsa, estaba hecha de papel barato—. Me marché para ir a la universidad y a la escuela de cocina, pero después volví para abrir mi propio negocio.

—¿Tienes un negocio? ¿Qué tipo de negocio?

Sonreí y me recordé en silencio que debía ser breve, porque era capaz de recitar poesía cuando empezaba a hablar de mi pastelería.

—Bueno, se llama «Dulce Perfección», y es...

—Me gustan las mujeres independientes —me interrumpió—. Las mujeres que pueden pagarse sus facturas y encargarse de las cosas ellas solas. Es bastante impresionante.

—Gracias... —No estaba segura de si debía retomar la conversación por donde la había dejado o no.

Una camarera dejó dos tazas de chocolate caliente frente a nosotros, y después de que ambos tomamos un sorbo, Don Perfecto me indicó que continuara con un gesto.

—Bueno, como iba diciendo, se llama «Dulce Perfección», y lo dirijo desde hace dos años.

—Eso es bastante impresionante, Christina. ¿Vives sola?

—¿Qué?

—¿Tienes tu propia casa? —dijo, regalándome esa sonrisa preciosa suya que de repente parecía muy siniestra.

—Mmm..., sí. ¿Qué tiene que ver eso con todo esto?

—Estoy sintiendo una repentina conexión entre nosotros dos ahora mismo. —Extendió la mano y apretó la mía—. Una conexión hermosa, de las que se dan solo una vez en la vida.

Yo pestañeé varias veces.

—Creo que eres tremendamente guapa, que eres una conversadora fantástica y, si además ganas lo suficiente como para vivir en Cedar Falls por ti sola y dirigir un negocio, creo que eres mi mujer ideal.

—He dicho menos de diez frases desde que te he conocido, hace como unos cuatro minutos.

—Esa no es la cuestión. —Sonrió abiertamente y me acarició los nudillos—. Con algunas personas tan solo tardas unos segundos en saber que encajas. Nosotros encajamos...

—Ehhh...

—Creo que tengo que mudarme a vivir contigo lo antes posible —continuó—. No soy fan de todo ese rollo de tener citas mientras tanto. Ahora mismo, estoy al cien por cien. También pareces muy fértil, así que creo que deberíamos hablar de la cantidad de hijos que queremos tener juntos.

¿Pero qué coño...?

—Casi no te conozco.

—Pero pronto lo harás. —Se inclinó, acercándoseme más, y bajó la voz—. Tengo todas mis cosas fuera, en el coche, y si sientes lo que yo siento, déjame quedarme a vivir contigo. —Se detuvo—. Solo quedan dos rondas de citas, y no creo que te gusten los chicos que faltan.

Miré por encima del hombro a los chicos con los que todavía no había hablado. Uno de ellos era un hombre de pelo canoso que había sido muy maleducado con los camareros toda la noche. El otro era un mago.

—Ahora mismo no busco nada serio. —Alejé mi mano de la suya—. Solo he venido a hacer nuevos amigos.

—Eso no es lo que dice tu chapa. —Señaló la reveladora chapa roja de mi abrigo que decía «CITAS RÁPIDAS». El rojo significaba «Solo busco amor», el azul «Solo estoy tanteando» y el amarillo «Solo quiero hacer amigos nuevos».

Miré la manga de su chaqueta y me di cuenta de que llevaba puestas diez chapas rojas.

—¿Lo ves? —dijo—. Ya te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma. —Miró por la ventana—. Me temo que voy a necesitar una respuesta inmediata a si sientes lo mismo que yo o no. Si no es así, tendré que esconder mi coche antes de que la compañía de préstamos vuelva a embargármelo otra vez.

—¿«Otra vez»?

—Sí —se quejó—. ¿Te puedes creer que mi novia dejó de pagarme las facturas después de romper? Zorra egoísta...

¡Bip! ¡Bip! ¡Bip!

Al acabar la noche, salí del local cabreada y con las manos vacías porque me había gastado otros doscientos dólares y había perdido dos horas de mi tiempo. Lo único productivo que había sacado de aquella velada había sido que decidí comprar pilas de larga duración para mi vibrador.

Desde que había vuelto a mudarme a Cedar Falls me había dado cuenta de lo distinta que era la forma de tener citas allí a la de Seattle. Mi ciudad siempre estaba habitada mitad por turistas y mitad por residentes, pero los que venían de visita y que merecían la pena solían estar comprometidos. ¿Y los solteros? Esos solo estaban interesados en tener sexo con cuantas más mujeres mejor antes de volver a sus ciudades natales.

Las citas *online* quedaban excluidas desde que conocí a un hombre cuyo fetichismo era que fingiera estar muerta, justo antes de otro que me dijo que quería chuparme la porquería que tuviera acumulada entre los dedos de los pies.

Dado que mi trigésimo cumpleaños estaba a la vuelta de la esquina, tenía ganas de tirar la toalla y no buscar a nadie en mucho tiempo.

Esta no puede ser la vida real...

Me subí en el siguiente tranvía, me senté cerca del final y le envié un mensaje a mi hermana menor.

Yo: *Bueno..., sesión de citas rápidas número 100 acabada...*

Amy: *¿¿Qué?? ¿Has encontrado a alguien follable? (¿Alguien que sepa usar al fin la boca en el único lugar que cuenta? ;);)*

Yo: *¡Aj! ¿Por qué tienes que pensar siempre en el SEXO?*

Amy: *¿Sí o no? :):) (Scott Johnson me lo ha comido dos veces hoy, que lo sepa. ¡DOS VECES! Y durante más de una hora cada vez. #no-tepongascelosa).*

Yo: *No. (No tiene trabajo y todavía vive en el sótano de sus padres. #yonuncamepongocelosa).*

Me entró una llamada, y el nombre de mi hermana apareció en mi pantalla. Bajé el volumen antes de responder.

—Estoy en el tranvía, Amy —le dije—. Por favor, no sueltes ninguna locura ahora mismo.

—¿Crees que debería dejar que Scott me lo comiera una tercera vez? —Soltó unas risitas—. Me lo acaba de volver a pedir.

—Vale, voy a colgar.

—¡Estoy bromeando! ¡Es una broma! —Se rio con más fuerza—. Te llamo porque acabo de tener una idea estupenda para tu problema con las citas.

—Te escucho. —Me preparé a mí misma para una dosis de su lógica descabellada. La última vez que había tenido una «idea estupenda» terminé teniendo una cita con un hombre que se había «olvidado» de decirme que tenía tres hijos. Y una mujer.

—Creo que deberías dejar de buscar a un tipo serio y divertirte lo que queda de invierno —afirmó—. Fíjate solo en el físico y deja que lo demás caiga por su propio peso, y lo que tenga que ser será.

—Quieres decir que debería comportarme como tú.

—¡Ja! —Soltó una carcajada—. No, eres demasiado precavida como para actuar como yo. Lo que quiero decir es que solo deberías salir con un tipo atractivo, hacer buenas migas y disfrutar de un sexo acojonante sin esperar nada que tenga que ver con el romanticismo.

—Ya no tengo veinticuatro años, Amy.

—Y tampoco tienes ochenta y cuatro, pero que me jodan si no actúas como si los tuvieras a veces —se burló—. Lo que tu cuerpo necesita ahora mismo es que le den de lo bueno.

—¿Sabe alguna de tus amigas que hablas así?

—Todas hablamos así. —Se rio—. En fin, creo que ya es hora de ponerle fin a eso de las citas rápidas y probar algo distinto.

—Tinder y OkCupid quedan excluidos.

—No me refería a eso. —Comenzó a darles a las teclas—. A ver si puedo encontrar esa cosa de la que Hannah me ha hablado antes.

—No estoy interesada en salir con ninguno de los ex de tus amigas —le advertí mientras bajaba en mi parada.

—Los ex de mis amigas nunca saldrían contigo. —Volvió a reír—.
Te lo aseguro.

Comencé a dirigirme hacia donde tenía aparcado el coche, pero no pude evitar pararme un momento en mi pastelería. Mientras los

dedos de Amy seguían tecleando, subí los escalones blancos y rosas de entrada a Dulce Perfección.

Todas las encimeras de la cocina estaban listas para la mañana siguiente: tazas de medir, utensilios y cuencos estaban colocados delante de las recetas asignadas a cada uno de los empleados.

—Por favor, no me digas que te vas a pasar el resto de la noche haciendo tartas. —Amy gimió cuando encendí el horno—. Puedo escuchar el sonido del fogón.

—Pues claro que no —mentí—. Solo me he pasado para asegurarme de que mis empleados lo habían colocado todo correctamente.

—Ya, ya. Bueno, después de ir al Árbol de los Deseos el fin de semana que viene, voy a llevarte a que te busquen pareja en El Ojo Ciego. Está en el centro de la ciudad, y Hannah y Alice conocieron a unos tipos sexis la primera vez que usaron sus servicios. También son buenos en hacer encajar las personalidades.

—Suenan genial. —Puse los ojos en blanco. Todos los servicios de citas rápidas que había probado prometían justo lo mismo, y al parecer todas mis parejas perfectas eran gilipollas.

—Tienen una sección en el formulario de personalidad sobre la frecuencia con que te gusta que te hagan sexo oral en una escala del uno al diez —informó—. Yo pondré un veinte para asegurarme de que al fin consigues que te lo hagan.

—¿Qué?

—Va a ser mucho más divertido de lo que imaginaba —continuó—. Voy a rellenar el cuestionario por ti antes del fin de semana, no me fío de que lo hagas tú sola. ¡Que pases una buena noche cocinando! —Colgó antes de que pudiera decirle que era perfectamente capaz de rellenar mi propio cuestionario.

Suspiré y abrí el armario en el que guardaba el libro de recetas de mi difunta abuela.

Hojeé sus sabias páginas, encontré la de «Bombones “Corre, que es un vago”» y me puse el delantal.

Otro que muerde el polvo...

2

GALLETAS DE ALMENDRA «SÁCAME DE AQUÍ»

1 taza + $\frac{3}{4}$ de pasta de almendras
2 claras de huevo grandes, batidas un poco
1 taza de azúcar
1 cucharada de postre de extracto de almendras
 $\frac{1}{4}$ de cucharada de postre de sal
Azúcar glas para espolvorear

NATHAN

Cedar Falls, Colorado, era el ejemplo perfecto de lo que ocurría cuando un montón de idiotas ricos decidían construir una ciudad de vacaciones. A camino entre Park City y Aspen, albergaba una industria turística multimillonaria y las tradiciones navideñas más dictatoriales que hubiera conocido nunca.

Para los residentes el invierno no era solo una estación, ni las vacaciones unas *simples vacaciones*, sino que eran algo que se debía adorar y comentar incesantemente durante horas.

En esta ciudad los días que transcurrían entre noviembre y marzo se honraban con chocolate caliente y dulces interminables en cabañas demasiado caras, con compras compulsivas de vestuarios de invierno que costaban miles de dólares y con llamadas a mi central sobre las cosas más estúpidas: «Agente Benson, ¿cree que podría ser juez de reemplazo para el concurso de trajes de Navidad de mi hija de esta noche? Es una emergencia». «Agente Benson, ¿qué opina del nuevo restaurante de la plaza? ¿Cree que abrirá estas Navidades?». «Eh, agente Benson, sé que dijo que dejáramos de llamarle si no se trataba de una verdadera emergencia, pero solo quería decirle que es perfecto tener a alguien como usted al cargo. ¿Le gustaría ser mi invitado en la fiesta de juegos invernales de mi hijo?».

Las Navidades se celebraban dos veces al año: una en la fecha real y otra de nuevo en julio. En los días en los que *no* se celebraba nada,

la portada del periódico de la ciudad hacía un hueco especial para la sección de «Qué deseamos para las próximas Navidades» con el fin de garantizar que la temporada de vacaciones ocupara siempre los primeros puestos en las mentes de los habitantes.

Solo llevaba aquí seis meses, y durante ese tiempo me había dado cuenta de que la palabra «delito» tenía un significado totalmente distinto aquí que en las otras ciudades donde había estado con anterioridad: Seattle, Chicago y Nueva York. Al principio, las noches tranquilas fueron un cambio de ritmo que me vino muy bien, un descanso merecido de los delitos crudos y peligrosos por los que había perdido el sueño en muchas ocasiones. También era agradable no tener que tratar con fiscales demasiado entusiastas y reporteros carroñeros que traspasaban toda barrera ética para conseguir una historia.

Sin embargo, después de meses de turnos silenciosos y noches sin sexo, me había dado cuenta de que echaba de menos la adrenalina que me aportaba investigar casos difíciles y el subidón de satisfacción que sentía al capturar a delincuentes inmersos en una intrincada red de mentiras.

En esta ciudad no había nada parecido, y la mierda estaba empezando a llegarme hasta el cuello.

—Un 10-37 en Main Street Bridge, 10-4 —informó por radio la novata a la que estaba formando mientras circulábamos con el coche patrulla—. 10-4... ¿10-4?

—Te han escuchado, agente Harlow —le dije—. No tienes que seguir repitiéndolo.

—Entendido. —Se aclaró la garganta—. ¿Hay algún motivo por el que no vaya más rápido?

—Un 10-37 es el código de un coche aparcado sospechoso. No hay necesidad de correr.

—¿Y si los pasajeros de ese coche aparcado sospechoso están traficando con drogas? —preguntó. Sonaba verdaderamente preocupada—. Es decir, ¿y si están sentados esperando a que llegue otro coche y no los pillamos? Odiaría perderme el poder atrapar a mi primer delincuente.

Hice una mueca de exasperación y pisé el acelerador hasta subir a más de ciento veinte kilómetros por hora. La nieve golpeaba los parabrisas mientras recorría a toda velocidad las calles, y la novata se aferraba al asiento en todos y cada uno de los giros rápidos que hacía.

Cuando llegamos al puente, desaceleré y me incorporé al carril de servicio, justo detrás de una ranchera roja.

—¿Lo ves? —dijo señalando las luces del interior, que se encendían y apagaban—. Eso es algún tipo de señal. Están esperando a que alguien les traiga dinero para las drogas. Lo he visto antes en *Ley y Orden UVE*.

La miré sin pestañear.

—No están tratando con drogas.

—¿Cómo puedes estar seguro de ello?

Porque vivimos en el puto Cedar Falls.

Abrí la puerta y salí del coche.

—Quédate aquí y no salgas a menos que te llame.

—¿Quieres que pida refuerzos?

—*Tú* eres mis refuerzos.

—Vale, vale... —Miró hacia el frente, un poco temblorosa, y justo entonces supe que aquella era la única ciudad en la que ella podría trabajar como policía.

Cerré la puerta y me acerqué a la ranchera. Los cristales de las ventanas traseras estaban empañados y había huellas de dedos marcadas en la parte inferior.

Conforme me acercaba a la del lado del conductor, el vehículo comenzó a mecerse adelante y atrás. Desde el interior se escucharon suaves gemidos, y después unos gruñidos graves que se parecían más a los de un cerdo que a los de una persona.

—Eres un animal follando —dijo una voz grave—. Compórtate como un animal, nena.

—Ahh... —respondió la voz femenina—. ¡Oing! ¡Oing! ¡Oing!

—Eso es... —susurró él—. Sigue gruñendo mientras te lleno el coño con esta tranca de beicon.

Por Dios Santo.

Le di unos golpes a la ventana del lado del conductor con ninguna delicadeza, para no tener que seguir escuchando esa mierda.

De nada sirvió.

El coche se meció todavía más rápido. La «tranca de beicon» siguió trabajando acompañada de otra ronda de sonidos cuestionables. Una mano se estampó contra el cristal empañado y dejó su huella.

—Joder... —dijo el tipo—. Me muero por aplastar mis huevos contra tu hocico.

Le di a la ventana con tanta fuerza que casi rompí el cristal, y por fin la ranchera dejó de moverse.

—Necesito que el conductor baje la ventanilla —ordené.

—¡Ay, mierda! —dijo la chica—. ¡Creo que es un policía!

—Joder... Bueno, si nos quedamos aquí sentados y no hacemos ningún ruido durante un rato, seguro que se irá.

Meneé la cabeza.

—Baje la ventanilla *ya*.

Se escucharon algunos sonidos sofocados y unos murmullos de «Oh, Dios mío», y después la ventana descendió a la velocidad de un caracol para dejar ver lo que parecía ser un par de estudiantes universitarios. Dos estudiantes universitarios con el culo al aire.

—Eh. Ho-ho-hola —tartamudeó el chico—. ¿Qué tal le va esta noche, agente?

—Carné de conducir y permiso de circulación, por favor.

—¿Nos hemos metido en un lío? Puedo explicárselo.

—Carné de conducir y permiso de circulación, por favor —repetí, apuntando con la linterna hacia el interior del coche—. Y póngase los malditos pantalones.

Con la cara colorada, el chico se inclinó sobre el asiento y abrió la guantera. Sacó una carpeta pequeña y me la pasó.

—Para que lo sepa, no suelo hacer estas cosas.

—Póngase los pantalones antes de hablarme. —Lo miré fijamente—. Ya.

Tragó saliva y se puso los pantalones a trompicones. La chica, en el otro asiento, se colocó un jersey enorme sobre el pecho, y las mejillas se le fueron poniendo cada vez más coloradas.

Comprobé su permiso de conducir y los papeles y opté por no verificar la información en el sistema de mi coche patrulla.

—Señor Morin, su permiso dice que vive en el 758 de Red Fern Lane —constaté—. ¿Está actualizado?

—Sí, señor.

—Entonces su casa está justo al final de la calle. —Volví a mirarlo—. ¿Se ha quedado la ranchera sin gasolina?

—No, acabo de pedirle matrimonio durante la cena. —Sonrió—. Ha dicho que sí.

—Puedo ver su casa, literalmente, desde aquí. —Señalé hacia la casa—. ¿Por qué no ha conducido hasta llegar a ella?

—Queríamos tener sexo en el puente... —explicó su novia en voz baja—. Da justo hacia la granja de cerdos, así que pensamos que podría ser beneficioso para el sexo.

No respondí nada, porque no estaba seguro de cómo hacerlo. Dudé de si debía multarles o no, de si merecía la pena todo el papeleo.

—Voy a dejar que os marchéis con un aviso —les advertí—, pero si os pilló a cualquiera de los dos en los seis meses próximos, aunque sea solo algo tan insignificante como rebasar un kilómetro la velocidad permitida, me aseguraré de meteros en el calabozo todo el fin de semana. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondieron al mismo tiempo.

—Bien. —Di un paso hacia atrás—. Marchaos de aquí.

El chico comenzó a subir la ventanilla, pero entonces se detuvo y volvió a bajarla.

—Tengo una pregunta rápida, agente. —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. ¿Su aviso quiere decir que podemos retomarlo por donde lo hemos dejado ahora y que a la próxima me meterá en la cárcel o que tengo que marcharme ya?

—Tienes treinta segundos para salir pitando de aquí u os arresto a los dos.

Saltó corriendo al asiento del conductor y se puso el cinturón de seguridad para, acto seguido, arrancar el motor e incorporarse a la carretera principal.

Le observé conducir durante treinta segundos y aparcar después en un acceso para coches al final de la calle.

Volví al mío y le di un trago largo a mi café al tiempo que me preguntaba cuánto tardaría en olvidar todos los «oings» que había escuchado.

—Guau. —La agente Harlow me pasó un donut—. Dos llamadas intensas seguidas en una misma noche. Es como si estuviéramos en una de las grandes ciudades en las que estabas antes, ¿eh?

—Cedar Falls no se parece *en nada* a ninguna de esas ciudades.

—Porque es diez veces mejor, ¿a que sí?

No le respondí a esa pregunta.

—Vamos a repasar algunas cosas para tu examen final del mes que viene.

Arranqué y me incorporé a la carretera. Antes de que tuviera oportunidad de preguntarle el protocolo adecuado para sacar el arma

—una regla que estaba seguro de que nunca usaría en esa ciudad—, entró una llamada de la central.

—¿Agente Benson? —dijo una voz suave—. ¿Ha acabado con esa llamada de emergencia de la Séptima Avenida?

—Ninguno de vosotros sabe lo que significa una «llamada de emergencia»...

—¿Qué ha dicho, señor?

—Sí —contesté—. He acabado con la llamada de emergencia.

—Bien. Tenemos un 10-5 en el 71 de Maple Avenue. Tres años, varón.

—Un 10-5, 10-4. —La agente Harlow me miró fijamente—. Un niño perdido...

—Estamos preparando una alerta Amber —explicó la voz—. Ya hay otros agentes en camino.

Circulé a toda velocidad hacia el centro de la ciudad adelantando las colas de coches de los turistas. Cuando al fin llegué a la escena, las sirenas de otros coches patrulla resonaban y unos cuantos oficiales rodeaban a una mujer con una bata rosa que lloraba.

Tenía el pelo hecho un desastre y caminaba sin parar por la acera.

—Señora —le dije mientras sacaba mi bloc de notas—, entiendo que debe de ser difícil para usted, pero necesito hacerle algunas preguntas, ¿de acuerdo?

Ella asintió sin parar de llorar.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su niño? —le pregunté—. ¿Puede decirnos qué llevaba puesto?

—Tengo fotos —contestó, para acto seguido sacarse el móvil de un bolsillo. Me lo tendió y me mostró las fotos de un *busky* siberiano gris y blanco.

¿Pero qué demonios?

—¿Le ha dicho a la central que su perro es *un niño perdido*?

—¡Es *mi* niño! —Abrió los ojos de par en par—. ¡Lleva desaparecido dos horas, y estoy segura de que no ha comido nada!

—Señora. —Estaba a tan solo unos segundos de mandar todo a tomar por saco—. Este es el motivo por el cual tenemos un servicio de rescate de mascotas independiente y muy cualificado. Entiendo lo que es perder a una mascota, pero decirle a la central que...

—¡No es una mascota! ¡No es una jodida *mascota*! —Los ojos casi se le salían de las órbitas—. ¡Es mi familia!

Vale, a la mierda.

—¿Se hace una idea de los recursos económicos que estamos malgastando ahora mismo? —Señalé hacia el helicóptero que volaba sobre la ciudad en esos momentos—. ¿De la cantidad de agentes innecesarios que van a fichar solo por esto?

—*¡Ninguna!* —gritó—. No estáis malgastando nada, y necesito toda la ayuda que podáis ofrecer.

—Estoy de acuerdo con eso último que ha dicho, al cien por cien.

—Bueno, vale. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Si es así como se siente, me gustaría que dejase de hablar conmigo si no va a tomarse en serio lo de ayudar a buscar a mi bebé.

Cerré mi bloc y di un paso atrás.

—He terminado por hoy, señoras y señores. Agente Harlow, vuelva a la estación con uno de sus compañeros.

—Espere —me llamó—. ¿No va a ayudarnos a encontrar al perro?

—No, lo que quiero encontrar son los papeles de mi solicitud de traslado...